

LA VANGUARDIA

Presidente-Editor: JAVIER GODÓ, CONDE DE GODÓ
Director: José Antich
Vicedirector: Alfredo Abián
Directores adjuntos: Jordi Juan, Enric Juliana, Alex Rodríguez
Subdirectores: María Dolores García, Miquel Molina, Manel Pérez, José Alberola (Arte)

Redactores jefes: Enric Sierra (Web), Eugeni Madueño (Nuevos Contenidos), Joaquín Luna (Internacional), Jordi Barbata (Política y Actualidad), Susana Quadado (Tendencias), Albert Gimeno (Vivir), Llätzer Moix (Cultura), Dagoberto Escorcía (Deportes), Ramon Aymerich (Economía), Carles Esteban (Continuidad), Celeste López (Redacción Madrid), Mariàngel Alcázar (Casa Real), Jaime Serra (Infografía e Ilustración), David Airol (Fotografía), Núria García (Diseño), Josep Carles Rius (Magazine) y Félix Badia (Estilos de Vida).

Secciones: Elisenda Vallejo (Internacional), Xavier Batalla (Corresponsal Diplomático), Isabel García Pagan (Política y Actualidad), Pau Baquero (Opinión), Rosa M. Bosch (Tendencias), Ketty Calatayud (Vivir), Ignacio Orovio (Cultura), Juan B. Martínez (Deportes), Dolors Álvarez (Economía), Mariano Guindal (Madrid), Albert Aymami (Fotografía), Francesc Puig (Diseño), Magí Camps (Edición), Albert Molins (Producción) y Carles Salmurri (Documentación). **Consejeros de Dirección:** Carlos Sentís y Jaime Arias.

El dilema del PSC

PROBABLEMENTE, se equivocó el PSC cuando amenazó con no votar los presupuestos del Estado sin acuerdo en financiación. Con aquella táctica, los socialistas catalanes se arriesgaban a tener que escoger entre lo malo y lo peor y, ante tan poco halagüeña alternativa, estaba claro que apostarían por no poner al PSOE y a Zapatero ante la eventualidad de unas elecciones y perderlas. Eso es, a fin de cuentas, lo que eligió ayer con el voto favorable de los 25 diputados socialistas catalanes en el Congreso a levantar el veto del Senado a los presupuestos.

El pulso entre PSOE y PSC no es nuevo. Aunque pocas veces se había dado con el dramatismo político de ahora, con la excepción de la Loapa, cuya aprobación provocó unos amagos de rebelión que terminarían por costarle a los socialistas catalanes el grupo propio en el Congreso, una reivindicación que desde entonces aparece y desaparece como el Gadiana.

Esta vez, el pulso entre los dos partidos federados ha ido también lejos. Desde el día en que José Montilla le dijo a José Luis Rodríguez Zapatero que antes estaba el amor por Catalunya que por el líder del PSOE, las espadas se han cruzado cada día con evidente estridencia. No tanto por anteponer los intereses de Catalunya a los del partido, que es lo que razonablemente se debe esperar de un gobernante, como porque en Ferraz se temió que Montilla fuera una nueva versión, corregida y aumentada, de Pasqual Maragall. De ahí que la lectura que se hizo en la sede del PSOE de la victoria del pasado 9 de marzo es que Zapatero no logró la mayoría absoluta por la cuestión territorial, pasando por encima de los magníficos resultados logrados por el PSC en Catalunya y el PSPV en el País Vasco.

Cuando en la Moncloa comprobaron que la táctica del PSC era ligar financiación y presupuestos, no había más que llevar el pulso hasta el extremo. Si hubiera querido reducir la presión con los socialistas catalanes, Zapatero hubiera podido haber hecho una concesión que justificara el voto favorable de estos a los presupuestos. Pero no hubo gesto. Al contrario, oídos sordos. La víspera, el presidente se declaró despreocupado por los problemas con sus socios al declarar que “el PSC somos nosotros”, fórmula que en un sector de los socialistas catalanes habrá sentado como la puntilla.

El pulso de Ferraz se planteaba con el objetivo de frenar la pretendida deriva nacionalista que, desde Pasqual Maragall, se había hecho evidente en el PSC. Los duros enfrentamientos que el ex presidente de la Generalitat mantuvo con sus correligionarios, Rodríguez Ibarra, Bono, Guerra o el propio Zapatero, le forzaron a dimitir. La actitud de Montilla tiene, formalmente, muy poco que ver con la de su antecesor, pero no todo el mundo lo percibe así, y menos en Ferraz, donde no se entiende la afirmación de que Catalunya está por encima de los intereses del partido.

Al PSC le queda el recurso de una financiación justificable, lo que no está garantizado. El próximo fin de semana, Zapatero y Montilla podrían darle un empujón, una vez ha quedado sentado que presupuestos y financiación no tenían por qué ir juntos. Así lo han asumido los 25 diputados del PSC que, ayer mismo, en el Parlament de Catalunya, eran duramente criticados por la oposición, después de haber sufrido la presión de sus socios en el Govern (ERC e ICV) que fueron quienes, con su enmienda en el Senado, devolvieron la ley al Congreso y pusieron al PSC contra las cuerdas.

El liderazgo de Lula

LUIZ Inácio Lula da Silva, presidente de Brasil, uno de los grandes países emergentes del mundo junto a China e India, busca asumir el liderazgo político y económico de Latinoamérica como representante de la izquierda moderada y democrática. Un liderazgo que rivaliza no sólo con el movimiento populista que encarna el venezolano Hugo Chávez, sino también con la influencia que Estados Unidos –y España en menor medida– ejercen en la región.

El hecho de que los presidentes de los 33 países de Latinoamérica y el Caribe se hayan reunido juntos por primera vez sin la tutela de estadounidenses, españoles o europeos, en la localidad brasileña de Costa do Saúipe, demuestra la capacidad de convocatoria de Lula da Silva. Pero, asimismo, ejemplifica una voluntad de Latinoamérica de ejercer la mayoría de edad en la escena internacional.

En dos días Lula ha convocado a los presidentes latinoamericanos y del Caribe a cuatro cumbres: la Cumbre de América Latina y el Caribe (CALC), la del Mercado Común del Sur (Mercosur), la de la Unión de Naciones Sudamericanas (Unasur) y la del Grupo de Río. En este maratón de reuniones desarrolladas en 48 horas entre los líderes latinoamericanos no se firmó nin-

gún acuerdo relevante, lo que evidencia las dificultades de la región para articular proyectos comunes. Pero se han empezado a sentar las bases para avanzar en una mayor cooperación y colaboración en el futuro. Como dijo el propio Lula, es la primera vez en dos siglos de independencia que la región une sus fuerzas.

La reunión de los dirigentes latinoamericanos ha tenido fundamentalmente un destinatario: Barack Obama, a quien se le ha querido enviar el mensaje de que Latinoamérica quiere dejar de ser el patio trasero de Estados Unidos y exige un nuevo marco de relaciones. Este mensaje se ha concretado en el acuerdo unánime para que se ponga fin al embargo económico y comercial a Cuba, cuyo presidente, Raúl Castro, fue tratado prácticamente como el invitado de honor de la gran cita latinoamericana.

El presidente brasileño, al haber actuado de anfitrión de Raúl Castro, a quien posteriormente recibió en visita oficial a su país, ha arrebatado asimismo a Hugo Chávez la exclusividad que este se había arrogado en la defensa de Cuba. Un paso clave para, a partir de la socialdemocracia y la moderación, asumir el liderazgo de toda la izquierda latinoamericana.

El protagonismo internacional de Lula seguirá el lunes con la cumbre entre Brasil y la Unión Europea.

Quim Monzó



En qué manos estamos

Podría empezar resaltando el espíritu de servicio de Joan Boada cuando, en RAC1, le preguntaron si se ordenó a los mandos de los Mossos asistir a la conferencia del conseller Saura y dijo que no. Podría loar su espíritu arriesgado al pedir que, si alguien tenía alguna carta que certificase esa acusación, “que nos la haga llegar”. Podría entonces narrar cómo, horas después, de forma páfida este diario publicó la prueba que Boada pedía: un e-mail en el que se lee: “Seguint instruccions de la Comissaria General Territorial i en relació a la invitació a la conferència *La modernització social i ecològica de Catalunya*, cal que comandaments (amb grau mínim d'inspector) de la seva regió policial assisteixin a la conferència esmentada anteriorment. (...) Els assistents hauran d'estar al lloc a les 18:45”. Escribiría entonces que el nivel de lengua del e-mail es pésimo pero que la orden de asistir, en sí, no es para tanto, porque uno lo pasa mal cuando va a dar una conferencia y encuentra la sala vacía. Explicaría que por eso no doy conferencias: no he dado nunca ninguna y, por poco que pueda, moriré sin darla. Todo eso diría porque hay mil recursos para, escribiendo una cosa, insinuar la contraria.

Pero es que estamos llegando a unos niveles políticos tan impresenta-

No pasan dos semanas sin que los que mandan en Interior metan la pata de una forma u otra

bles que hasta las ganas de guasearse desaparecen. No me gusta hablar de política porque –de derecha a izquierda– el abanico entero me deprime. Pero es que los errores de Interior se suceden uno tras otro. No pasan dos semanas sin que los que ahí mandan metan la pata de una forma u otra, hagan el ridículo o abandonen a los Mossos a su suerte (para quedar ellos bien ante el público). Sólo faltaban ahora los órdenes para asistir a la conferencia de Saura. Sólo faltaba, luego, que Boada dijese que nadie las había dado, que en plan chulo pidiese la prueba y que pocas horas después se la diesen.

Mi padre me explicaba que, en los años cuarenta, cuando Franco visitaba Barcelona, a las fábricas textiles donde trabajaba de peón llegaban camiones que cargaban a los obreros para situarlos en las calles, de forma que pareciese que mucha gente iba a recibirle. No caeré en la bajez de decir que estos son igual que aquellos, porque no es verdad. Aquellos eran parte de un régimen dictatorial, impuesto por la fuerza de las armas y mantenido a base de fusilamientos. Estos, en cambio, mandan porque la gente les vota. Esa diferencia radical no debe olvidarse nunca. Pero entre los camiones recogiendo a obreros y los e-mails ordenando asistir a la conferencia de un conseller la diferencia es menor. Es, sobre todo, tecnológica: aquello se hacía con camiones y esto con e-mails. Hay gran indignidad en ambos casos.

Un detalle que separaría a estos de aquellos sería la dimisión. Los franquistas no dimitían nunca. No tenían por qué. Era una dictadura. Ante una enorme falta de ética como la que nos ocupa, un demócrata dimitiría.●